

La Opción Preferencial por los Jóvenes impulsa a la Pastoral Juvenil en un proceso de búsqueda, discernimiento, acogida y servicio a la acción del Espíritu Santo en medio de los jóvenes, para manifestar así que la novedad de Dios siempre es posible.

sumario

**Espiritualidad
en Pastoral
Juvenil:
El anuncio de la
novedad de Dios entre
los jóvenes**

P. Marcos Buvinic M.

*Doctor en Teología Moral de la Pontificia
Universidad Salesiana de Roma, 1988. Chileno.*

medellín

Desde que en 1979, en Puebla, la Iglesia en América Latina formuló su «opción preferencial por los jóvenes» (cf. Nums. 1166-1205), el camino recorrido -ya preparado en décadas anteriores- por la Pastoral Juvenil ha estado marcado por la búsqueda de discernir y acoger lo que el Espíritu de Dios va haciendo en medio de los jóvenes, y servir los llamados que allí se manifiestan para la vida eclesial.

En esta perspectiva se intentan situar los trabajos de los equipos nacionales de Pastoral Juvenil, los procesos de vida y formación desplegados por las diversas Iglesias locales, por los movimientos apostólicos y comunidades eclesiales y las tareas formativas y de coordinación de la Sección de Juventud del CELAM.

En este camino, la cuestión de la «espiritualidad» ha ocupado un lugar central, tanto por ser un imperativo de nuestro tiempo en búsqueda de sentido, como -sobre todo- por ser una llamada permanente para la Iglesia a proponer a los jóvenes la experiencia de la fe en Jesucristo como un camino que dinamiza la totalidad de la vida, situándola en un horizonte de plenitud¹.

En este artículo queremos presentar sintéticamente algunos de los cuestionamientos a los que hoy se refieren al tema de la espiritualidad, para luego recoger algunos de los desafíos fundamentales a los que se enfrenta una propuesta de espiritualidad en Pastoral Juvenil en nuestro continente, y terminar señalando las experiencias fundamentales de la fe que son el origen, el contenido y la meta de la espiritualidad en Pastoral Juvenil.

¹ Cf. CELAM (ed.), *Espiritualidad y misión de la Pastoral Juvenil (Bogotá 1995)*.

Sin embargo, antes de referirnos más en concreto a estos aspectos de la espiritualidad en la Pastoral Juvenil, parece importante explicitar cuál es y ha sido la clave en que la Iglesia quiere vivir su cercanía al mundo de los jóvenes. Mirada que es, ella misma, una experiencia espiritual de acogida a la acción de Dios y servicio a ella en los jóvenes del continente.

1. Una mirada que hace la diferencia

En nuestro tiempo, diversas personas o grupos, proyectan sobre los jóvenes algunas miradas que crean distancias y generan una actitud de impotencia -con distintos grados de preocupación- o de instrumentalización según diversos intereses- ante el «problema» de los jóvenes.

Así, se proyectan sobre los jóvenes miradas de desconfianza y sospecha ante sus particularidades, miradas llenas de temor ante lo diferentes que pueden ser, miradas moralizantes que los condenan y desprecian, miradas indiferentes que los excluyen y los empujan cada vez más hacia las orillas de la sociedad, miradas ávidas que buscan manipularlos en función de determinados intereses (económicos, ideológicos, sexuales, militares, etc), miradas paternalistas que por considerarlos privados de sensatez les impiden desplegar lo que ellos son.

A partir de diversas experiencias particulares o situaciones locales, podría ampliarse aún más esta lista de miradas que tienen en común la ausencia de reconocimiento del otro y la falta de respeto a su dignidad personal. Miradas que se traducen en estilos de relaciones y en prácticas sociales que no son sino la proyección de una voluntad de poder sobre los jóvenes.

Hay una mirada que marca una diferencia fundamental y que está al origen de cuanto los cristianos podemos decir y hacer junto a los jóvenes: *es Jesucristo que los mira con amor.*

El relato evangélico llamado del «joven rico» (cf. Mc 10, 17-22 y par.) nos abre al horizonte de la persona de Jesús que en cada joven fija una mirada llena de amor, y que en una propuesta de vida

-clara y explícita- hace un llamado a la libertad personal. La mirada de amor de Jesucristo es la fuente de todo cuanto como Iglesia queremos vivir en la «opción por los jóvenes». Pero no sólo es el origen de tal opción, sino que es el contenido mismo de dicha opción eclesial; es Jesucristo que en su Iglesia sigue fijando su mirada de amor en cada joven, con una propuesta de vida que es un llamado al ejercicio de la libertad.

Un servicio de evangelización en el mundo juvenil, con su respectiva propuesta de experiencia espiritual, supone acoger y cultivar en nosotros la mirada de Jesucristo a los jóvenes; supone un trabajo permanente de conversión personal y eclesial, de dirigir nuestra mirada a Jesucristo en el Evangelio y consentir a dejarnos transformar por la mirada del Buen Pastor que conoce a los suyos con amor, los busca y entrega su vida por ellos (cf. Jn 10, 1-18).

Una y otra vez hemos de volver a este «ejercicio espiritual» -y nunca darlo por supuesto- de acoger la mirada de Jesucristo a los jóvenes y entrar en ella y en su vida entregada. Sin este ejercicio de conversión no hay posibilidad de encarnar en medio de nuestro mundo una «opción preferencia; por los jóvenes» y una propuesta de vida para ellos. Sin entrar en esta mirada, nuestra atención a la espiritualidad en Pastoral Juvenil no pasaría de ser un discurso en el que nos condenamos a ser «como bronce que suena o címbalo que retiñe» (1Co 13, 1).

2. La espiritualidad, una cuestión de nuestro tiempo

2.1. Un tiempo de búsquedas

En medio de las impresionantes transformaciones de nuestro mundo y sus procesos de globalización, que lo van caracterizando no simplemente como una época de cambios sino como un cambio de época, se manifiesta un renovado y creciente interés «espiritual» en casi todos los ámbitos de la sociedad y su cultura.

Por una parte, la búsqueda espiritual de muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo nace de hondos anhelos de autenticidad

ante la experiencia de masificación y de las «verdades tramposas» que viven en las diversas expresiones de las relaciones humanas, anhelos de una experiencia religiosa que comunique sentido ante el vacío secularista y sus racionalizaciones, anhelos de interioridad ante una cultura de la apariencia y la competitividad en una sociedad consumista, anhelos de libertad ante estilos de vida y formas de organizar la sociedad que son opresivos y excluyen a la mayoría de los supuestos beneficios que ofrecen.

Pero, por otra parte, no se trata sólo de hondos y verdaderos anhelos que expresan una saludable reacción frente a las promesas no cumplidas por el economicismo de la civilización científico-técnica, sino que en ella se expresan las cuestiones fundamentales del ser humano. En medio de un acelerado y global proceso de transformaciones, las seguridades pacíficas de ayer no son respuestas válidas ante nuevas situaciones y sus problemas. Allí se abren camino las preguntas fundamentales del ser humano y su «búsqueda espiritual»: ¿quién soy?, ¿para qué vivo, detrás de qué estoy corriendo?, ¿por qué el mundo es así, como una carrera con pocos ganadores y muchos perdedores?, ¿y, cuándo me muera...? Un tiempo de cambios es un tiempo de búsquedas, y éstas devuelven al ser humano a la cuestión fundamental de la *identidad y del sentido*.

En este proceso de cambio cultural y las búsquedas que él genera, se encuentra, también, inmersa la experiencia espiritual de los cristianos, la cual siendo gracia y don procedente de Dios es vivida históricamente y a través de la mediación de la cultura. Así, también en la Iglesia se hacen sentir con fuerza las búsquedas de cómo vivir y expresar *la identidad creyente* en un mundo en cambio para anunciar el *sentido revelado en Jesucristo*; éstas se manifiestan en las diversas corrientes de espiritualidad, movimientos y comunidades que dinamizan la vida eclesial y la misión de los cristianos en el mundo.

Además de ser una cuestión permanente para la experiencia de fe -cómo vivir la identidad cristiana, aquí y ahora-, adquiere hoy una renovada relevancia a causa del contexto socio-cultural que es una oportunidad histórica para el anuncio de la experiencia y sentido

revelados en Jesucristo, en medio de hombres y mujeres que se cuestionan acerca de su *identidad y del sentido* de sus vidas².

2.2. La espiritualidad como experiencia de la fe

Referirse hoy a la «espiritualidad» nos pone ante diversos significados que muestran la variedad de respuestas en la búsqueda «espiritual» de nuestro tiempo. La misma palabra «espiritualidad» ha adquirido en el lenguaje actual un significado un tanto vago e impreciso, en el cual convergen experiencias tan distintas como el recurso a lo esotérico en sus variadas expresiones, el interés por técnicas de meditación orientales, una actitud de interiorización para establecer la unidad corpóreo-espiritual del ser humano, la búsqueda del «otro» a través de experiencias comunitarias, la apertura a la gratuidad a través de la belleza en las variadas manifestaciones del arte, y por cierto, en medio de todo ello, la experiencia espiritual de los cristianos.

En el lenguaje de nuestro tiempo, pareciera que en sus diversas expresiones, espiritualidad indica una calidad e ideal de vida situado en las motivaciones fundamentales del ser humano que orientan su acción concreta y sus sistemas de relaciones.

² El singular desafío que hoy representa la cuestión fundamental de la identidad cristiana y su propuesta de sentido, ha sido bien expresado por K. Rahner al señalar: *«El problema de la espiritualidad postconciliar sigue siendo un problema muy importante. Más aún, entendiéndolo bien, es el problema decisivo. Porque si el Concilio no hubiera logrado o iniciado otra cosa que una mejora de la figura social de la Iglesia, el aumento de su prestigio social, una configuración más atractiva o popular de la liturgia, un aumento de la libertad y de la democracia en el aparato administrativo de la Iglesia o una mayor tolerancia externa, una mejor presentación entre el conjunto de las potencias que prometen al hombre su felicidad, en tal caso no se habría logrado nada de lo que ha de conseguirse en la Iglesia en cuanto tal, a saber: que el hombre, que cada uno de nosotros, ame más a Dios, que tenga más fe, más esperanza y más caridad para con Dios y para con los hombres, que adore mejor a Dios 'en Espíritu y en verdad', que acepte más de corazón las tinieblas de la existencia y de la muerte, que sea más consciente de su libertad y actúe en consecuencia»* (K. RAHNER, *Espiritualidad antigua y actual*, en ID., *Escritos de Teología* Madrid 1974 vol. VII, 14-15).

Ante la ampliación del campo semántico de «espiritualidad» y ante el núcleo de convergencias de tales significados, es hoy más que nunca necesario precisar el contenido de la experiencia espiritual cristiana, no como la afirmación sectaria de una diferenciación, sino como el despliegue de una originalidad que se vive como propuesta en medio de un mundo en cambio, con su diversidad de búsquedas y variedad de respuestas.

La espiritualidad cristiana se refiere a la existencia cristiana en cuanto vida en el Espíritu Santo, en el Espíritu de Dios comunicado en Jesucristo; de tal modo que «espiritualidad» indica el consentimiento del creyente a que el Espíritu de Dios se manifieste en formas concretas en sus motivaciones, en su estilo de vida, en sus sistemas de relaciones y en su acción en el mundo.

Se trata de una relación personal con Dios revelado en Jesucristo, conscientemente vivida, enraizada en el bautismo y desplegada en la pertenencia a la Iglesia; relación en la que cada cristiano está llamado a hacer de su propia vida una respuesta al diálogo de salvación al que Dios lo invita. Se trata de una vida que busca integrar todas las dimensiones personales y sociales de la existencia en el mundo, viviéndolas todas y cada una de ellas «según el Espíritu» como experiencia y propuesta de la novedad de Dios en el mundo. La experiencia espiritual cristiana, nutrida en la enseñanza de la fe, la formación en la oración, en la celebración de los sacramentos y en la formación ética, se despliega en una relación activa en la comunidad eclesial y en la misión de la Iglesia en el mundo.

Es, pues, una *experiencia procesual en la asimilación personal y siempre progresiva del misterio de la fe* que, a partir de uno u otro aspecto del misterio se pone en relación procesual con la totalidad del misterio revelado en Jesucristo. Si bien, esta experiencia espiritual es distinta de la doctrina de la fe, en cuanto proposiciones objetivables, está íntimamente unida a ella como su asimilación procesual en el sujeto creyente, una asimilación existencial que involucra la conciencia y acción del sujeto.

De esta manera, al referirnos a la espiritualidad cristiana no estamos ante algo añadido o complementario a la vida cristiana, sino ante el núcleo fundamental de la experiencia de fe como «vida

1. MARCOS DUBINI III.

según el Espíritu», que sella la *identidad* cristiana y la hace testigo de un *sentido* revelado.

3. Las mediaciones culturales y desafíos de la situación de los jóvenes

Luego de haber evocado, a grandes líneas, el contexto socio-cultural en que hoy se hace relevante el tema de la «espiritualidad», y de haber delineado el significado y lugar de la espiritualidad en la vida cristiana, nos referimos a algunos desafíos particulares que enfrenta, provenientes de las mediaciones culturales de la espiritualidad -particularmente, el lenguaje- y de la situación de los jóvenes.

3.1. Distinciones necesarias

Aunque puedan parecer obvias, es preciso establecer dos distinciones, que al no tenerlas en cuenta son causas de confusiones o dan origen a discursos que son la proyección y pretendida universalización de experiencias particulares.

- a) En ocasiones, pareciera darse por supuesto que existe una condición juvenil única, universalizando así a un determinado grupo o sector juvenil.

Como lo explicitó Puebla al describir la situación de los jóvenes en América Latina (cf. núms. 1167-1174) -y en el mismo sentido lo hizo Santo Domingo (cf. núms. 112-113)-:

«La juventud de América Latina no puede ser abordada en abstracto. Entre los jóvenes hay una gran diversidad, en función de la situación social o de situaciones socio-políticas de sus países. Si partimos de la realidad social, constatamos que junto a aquellos jóvenes que crecen normalmente, en razón de su condición económica, existen numerosos jóvenes indígenas, campesinos, mineros, pescadores y obreros que, en razón de su pobreza, están obligados a trabajar como adultos. Paralelamente a los jóvenes que viven en el bienestar, están los de las periferias urbanas que ya conocen la inestabilidad del trabajo o

que no encuentran su camino por falta de orientación profesional» (Puebla, núms. 1175-1176).

Esta precisión de Puebla nos recuerda el hecho de que no existe el mundo de los jóvenes en sentido unívoco, y que como realidad uniforme es sólo un espejismo. Sin duda, siempre será posible señalar características generales de la juventud, pero su significación y consecuencias serán muy diversas según los diversos grupos o ambientes de jóvenes. Del mismo modo, no puede hablarse en forma unívoca de la relación de los jóvenes a la experiencia espiritual cristiana o a la Iglesia, pues se trata de un universo diferenciado en su adhesión a la experiencia de fe y su sentido de pertenencia a la Iglesia. Esta distinción significa para la Iglesia la necesidad de implementar respuestas pastorales diferenciadas, pero dentro del marco de una propuesta global de Pastoral Juvenil (cf. *SD*, num. 113).

- b) En sentido estricto, no parece adecuado referirse a una «espiritualidad juvenil» que, en última instancia, se fundaría en sí misma, en modo autorreferido y desde una supuesta condición juvenil única, la cual se proyectaría en forma unívoca sobre «los jóvenes» como propuesta modélica de vida cristiana.

La espiritualidad cristiana en cuanto vida según el Espíritu de Dios que habita al creyente (cf. Rom 8,9) es y será siempre obra del Espíritu Santo. No depende de los seres humanos fundar o establecer tal o cual «espiritualidad» juvenil, en este caso-, pues el Espíritu sopla donde quiere y cuando quiere (cf. Jn 3,8). No nos toca a nosotros mostrar al Espíritu los caminos a recorrer en medio de los jóvenes latinoamericanos, ni establecer un modelo teórico de espiritualidad, sino discernir y acoger lo que el Espíritu Santo está haciendo en el mundo y entre los jóvenes, en modo de colaborar con su acción, e intentar formular la experiencia central que se vive en sus variadas expresiones, para proponerla lo más lúcidamente posible en sus líneas fundamentales.

De esta manera, más que tratarse de una «espiritualidad juvenil», se trata de acoger y colaborar con la experiencia del Espíritu, con la experiencia de la fe cristiana en medio de los jóvenes, en su situación

histórico-social y en sus procesos culturales. Se trata, entonces, de colaborar, promover y animar la experiencia espiritual en medio de los jóvenes y sus situaciones histórico-sociales, para que andando «según el Espíritu» hagan su camino de santidad en medio de sus particulares circunstancias y desafíos.

3.2. Las mediaciones culturales de la experiencia espiritual

La experiencia espiritual cristiana es don gratuito de Dios, es una novedad de vida que proviene de Dios (cf. Jn 3,3), habitándonos con el Espíritu de Jesucristo; ésta es la radical novedad que la experiencia cristiana encarna en la historia para la transformación según Dios de esa misma historia.

De esta manera, la experiencia espiritual siempre está mediada por la cultura, en ella vive y se expresa, al tiempo que constituye una ruptura con la cultura, por ser manifestación de la novedad de Dios en el mundo (cf. *EN* 20).

La novedad del Evangelio tiene fuerza para transformar desde dentro toda situación cultural, pues ninguna es totalmente impermeable al misterio de Dios; pero no es menos cierto que toda cultura tiende a encerrar la novedad del Espíritu en sus propios esquemas de valores. La eventual falta de lucidez en este punto tiene graves consecuencias pastorales que distorsionan la propuesta de la experiencia espiritual cristiana.

El camino de la espiritualidad en la Pastoral Juvenil es un itinerario de inculturación de la experiencia espiritual cristiana en las variadas situaciones que caracterizan la vida de los jóvenes, y como todo itinerario de inculturación supone asumir los riesgos y desafíos de la situación cultural en que acontece.

En este sentido, la espiritualidad en la Pastoral Juvenil, como propuesta de vida está íntimamente relacionada al lenguaje que se utilice como revelador de la experiencia. Es aquí, donde los esquemas culturales pueden encerrar la novedad del Evangelio y abrir el camino a su distorsión.

Pareciera que la experiencia espiritual en la Pastoral Juvenil ha de estar particularmente atenta frente a tres tipos de lenguaje que en sus esquemas de valores distorsionan la propuesta de espiritualidad. Se trata del lenguaje dualista, que establece «lo espiritual» al margen y en oposición a las circunstancias históricas de los sujetos; el lenguaje del «para mí», que establece la espiritualidad desde una centralización totalizante en el individuo y como un sentido proveniente de el mismo individuo; y el lenguaje moralista, que establece la propuesta de vida espiritual -sea en sus expresiones conservadoras o progresistas- desde «lo que hay que hacer» y «lo que no hay que hacer», fundando en la praxis humana toda la proveniencia de sentido³.

No se trata de simples distorsiones antropológicas, sino que expresan una distorsión más fundamental, la del Dios revelado en Jesucristo, pues el lenguaje siempre parcial- que intenta comunicar la experiencia espiritual ya no está abierto a abrazar la totalidad del misterio de la fe, sino a afirmar su propia parcialidad.

Puesto que *la acción pastoral -en nuestro caso la propuesta de la espiritualidad cristiana a los jóvenes- es colaborar a que un joven entre en relación con la persona de Jesucristo*, el lenguaje -en toda su riqueza simbólica, y no sólo en su aspecto discursivo- será decisivo en la misión. Así, por ejemplo, parece manifestarse en los encuentros masivos del Papa con jóvenes en diversos países, donde la fuerza simbólica y el atractivo espiritual de Juan Pablo II parecen suscitar o animar la experiencia de fe en muchos jóvenes, mientras que el aspecto discursivo pareciera quedar en un lugar secundario para muchos de ellos.

Con relativa frecuencia es posible escuchar las lamentaciones de agentes pastorales acerca de la enorme distancia entre el lenguaje de los documentos eclesiales y el de los jóvenes. Se trata, sin duda, de un aspecto delicado, pues uno de los límites frecuentes en pocas iniciativas evangelizadoras entre los jóvenes es su débil referencia a los contenidos doctrinales; sin embargo, es preciso reconocer que no siempre se da en los agentes pastorales y en los

277

³ Cf. M. BUVINIC, «Una Vida según el Espíritu don y misión», en CELAM (ed.), *Espiritualidad y Misión de la Pastoral Juvenil*, Bogotá 1995, págs. 93-117.

documentos eclesiales una inculturación del lenguaje y una pedagogía comunicativa que los haga accesibles y atrayentes para los jóvenes.

Así como hemos señalado, que para la acción evangelizadora de la Iglesia entre los jóvenes hay *una mirada que hace la diferencia*, también hay *una palabra que hace la diferencia*. Mientras muchas palabras de innegable contenido y valor resultan irrelevantes -y en algunos casos suscitan rechazo entre los jóvenes, no ocurre así con el lenguaje del Evangelio, «que tiene poder para construir el edificio y darles la herencia con todos los santificados» (Hech 20, 32). *Poner el Evangelio en las manos de los jóvenes* será una de los principales y permanentes tareas de la espiritualidad en la Pastoral Juvenil.

3.3. desafíos desde la situación de los jóvenes a la experiencia espiritual en Pastoral Juvenil

Como hemos señalado, no existe una condición juvenil única, sin embargo es posible señalar algunos ámbitos que, incluyendo otros, permiten identificar algunos desafíos más globales⁴.

a. La construcción de una identidad personal

Se trata de un desafío permanente en la vida de todo joven, que está en relación directa con la capacidad de cada uno para elaborar su sistema de valores y significados. El joven construye su identidad a partir de su autoestima, del grupo en que está inserto y su cultura, de la relación especial de amor con otra persona, de su elección de profesión -cuando tal elección es posible-, de sus orientaciones ideológicas y de sus opciones religiosas.

En las nuevas situaciones de cambio cultural y globalización, los jóvenes encuentran grandes dificultades para elaborar su identidad personal en medio de las brillantes luces de las vitrinas del consumo, de las informaciones fragmentarias, de los modelos fracasados, de la sobreoferta de ofertas, de la sexualidad desligada del amor.

⁴ Acerca de estos desafíos que presenta la situación juvenil, sigo la exposición realizada en su ponencia por Mons. Alejandro Goic, Obispo de Osorno (Chile) en el VII Seminario Interdisciplinar del Intercambio Cultural Alemán-Latinoamericano, realizado en Cochabamba (Bolivia), en febrero de 1997.

En medio de un cambio vertiginoso y constante, sin un cuadro de referencias más o menos sólidas, es muy difícil para los jóvenes construir su identidad personal y es, por tanto, muy difícil situarse en el centro personal donde Dios habla e invita a entrar en el diálogo de salvación. Sin identidad personal más o menos definida, no hay condiciones de acogida para una identidad creyente y su itinerario espiritual.

Se trata éste de un desafío mayor para todas las instancias educativas de la sociedad y, particularmente para la Iglesia en su propuesta de Pastoral Juvenil: acoger y acompañar pacientemente al joven en sus búsquedas e incoherencias, y ofrecer puntos sólidos de referencia en una clara y explícita propuesta de vida evangélica reconociéndolos como sujetos que construyen su libertad.

b. El ámbito de la sexualidad

Se trata de una dimensión de la vida que toca fuertemente a todo ser humano, y particularmente a los jóvenes.

En el ámbito de la sexualidad, los jóvenes se encuentran casi sin puntos de referencia y sobrecargados de información y estímulos. Suele operar una lógica que no se explicita, pero que modela actitudes y conductas: «antes todo estaba prohibido, ahora todo está permitido», lo cual suele llevar a muchos jóvenes a enormes transformaciones y sufrimientos, en un cuadro de mucha fragilidad afectiva. Decisiones tomadas en este campo, con frecuencia sin mayor conciencia, pueden determinar la realización o frustración afectiva para toda la vida, lo cual, en el marco socio-cultural del machismo y su doble moralidad, toca particularmente la vida de los jóvenes.

Una propuesta de vida e itinerario espiritual en la Pastoral Juvenil exige presentar una apreciación positiva de la sexualidad y desplegar procesos de acompañamiento y comunicación de criterios basados en la libertad y no en el miedo: que sea educación para el amor y la responsabilidad, que enriquezca las relaciones interpersonales más profundas; que tenga a Dios, creador de la vida como su fuente de inspiración, que encuentre en la experiencia personal del Dios-Amor manifestado en Jesucristo las motivaciones para el don de sí mismo; que proponga, en su sentido más hondo, el valor

de la castidad según las diversas vocaciones cristianas, como camino del verdadero crecimiento en el amor.

c. La situación de exclusión

El fenómeno de la exclusión social que afecta a millones de jóvenes del continente acarrea dramáticas consecuencias de frustración, fragmentación personal y social, y el círculo vicioso de droga y delincuencia con todas sus violentas implicaciones. El desencanto, el escepticismo, la frustración ante la falta de perspectivas en la vida, no movilizan fuerzas creadoras, sino un espiral de disgregación, evasiones y violencia.

Se hace urgente, en cada ámbito de la Pastoral Juvenil, la propuesta de un horizonte de esperanzas posibles -según cada situación- y de acciones efectivas que movilicen la fuerzas creadoras disgregadas y abran camino a una toma de conciencia de las propias posibilidades para nuevos pasos de crecimiento personal. Aquí tiene toda su importancia la acogida, valoración y dinamización de las «pequeñas cosas» que acontecen en el mundo de los jóvenes excluidos.

En este ámbito no son suficientes los necesarios análisis, reflexiones críticas y propuestas globales, sino que la frustración -en sus diversas expresiones- exige para su sanación una acogida cálida, hecha de ternura, que entregue confianza al que está excluido porque «no vale» y «no sirve». Es la calidad de la relación que se establece con los jóvenes excluidos y «perdedores de este mundo» la que restituye a la confianza en las propias posibilidades y abre las puertas a un itinerario de experiencia espiritual cristiana.

d. El ámbito explícitamente religioso

A pesar que en muchos eventos religiosos masivos se reúne gran cantidad de jóvenes -lo cual no debe dejarnos ingenuamente satisfechos y tranquilos-, es inmensamente mayor el número de jóvenes que no participan en la vida eclesial y de los que se desinteresan de todo el ámbito de la religión.

Tras el desinterés o abandono de las prácticas eclesiales se encuentra un abandono y -a veces- rechazo de un cuadro de

referencias espirituales y éticas, situaciones que deja a los jóvenes a la deriva ante la sobreoferta de opiniones niveladas y banalizadas que los rodean.

Las «búsquedas espirituales», a las que ya nos referimos, no pocas veces desembocan en una floración de sectas y de diversos fundamentalismos, donde hay certezas y seguridades sin cuestionamientos, como una caricatura deshumanizante de la experiencia religiosa.

Pero, en este tiempo de paradojas, junto a esta «ausencia de Dios», nuestro mundo -y particularmente, los jóvenes- está marcado por una «sed de Dios» y, sin duda, no es un «desierto ético»

Si bien la búsqueda de experiencia religiosa no se identifica -sin más- con la experiencia eclesial de la fe, ésta se enraíza, se desarrolla y se expresa en la experiencia religiosa. Un itinerario de espiritualidad en la Pastoral Juvenil supone el explícito desarrollo de la dimensión religiosa en sus diversas expresiones orantes y celebrativas, sin descuidar las de la religiosidad popular.

4. Las experiencias fundamentales de la espiritualidad cristiana

Tras los desafíos recién señalados se encuentran innumerables realizaciones concretas de Pastoral Juvenil que, en los diversos países, intentan dar respuesta a ellos, las cuales constituyen vivencias concretas de la espiritualidad en la Pastoral Juvenil.

La vivencia de la fe en los cristianos nos remite a algunas experiencias que constituyen el contenido fundamental de un caminar «según el Espíritu». Tales experiencias son, del mismo modo, el contenido central de cualquier itinerario de espiritualidad en la Pastoral Juvenil. Itinerario que, ciertamente, adquiere formas precisas de acuerdo a las particulares circunstancias de los sujetos, al contexto eclesial local, a las figuras modélicas que inspiran tal o cual grupo o movimiento.

Nos referimos a «experiencia» en el sentido que indica una *conciencia de lo vivido*, la cual implica una captación reflexiva de

«lo que me ha pasado», incluyendo contenidos nuevos en la inteligencia, una resonancia afectiva y un movimiento de la voluntad en adhesión a lo vivido; así, la experiencia se hace comunicable, adquiere expresión simbólica, se ofrece al reconocimiento mutuo en la confesión de fe y *se hace objeto de un anuncio*. En este sentido, «privilegiar lo vivido o la experiencia no es, por tanto, otra cosa que elegir una puerta de entrada en el misterio único de la fe. el 'cómo' más bien que el 'qué' (...) Pero ello no es jamás sino un primer momento, que deberá completarse con una referencia al Nuevo Testamento y a la tradición de la fe»⁵.

Nos referimos a aquellas experiencias fundamentales que como acogida del don gratuito de Dios, hacen cristiana a una persona y constituyen el origen, el contenido y la meta de la espiritualidad cristiana.

4.1. La experiencia de Dios en Jesucristo

La experiencia del *encuentro con Jesucristo* es la que desata todo el proceso de la vida cristiana. Encuentro que es don del Espíritu, que llega de muchas e imprevistas maneras a la vida de cada persona, y que desde el primer encuentro despliega su potencia relacional hacia una *vida en Cristo*.

La experiencia del encuentro con Jesucristo es la que despierta la admiración por Él, por lo que dice y hace, por sus actitudes y estilos de relación; es la que despierta preguntas acerca de la propia vida y del mundo, desatando el permanente proceso de conversión-, es la que abre a nuevos horizontes personales y sociales, moviendo la voluntad hacia ellos. Allí, en el encuentro, la admiración, las preguntas y los horizontes nuevos va estableciéndose la *relación personal* con Jesucristo, con el misterio de su persona como Enviado del Padre, y que introduce en la vida de Dios Trino que «nos amó primero» (1Jn 4,19).

⁵ J. P. JOSSUA, Nota sobre la experiencia cristiana 215, en B. LAURET - F. REFOULÉ (eds.), *Iniciación a la práctica de la teología*, Madrid 1986, vol. V, 214-219.

Es en la acogida de este encuentro y en la respuesta libre que acontece la relación personal a Jesucristo -a su persona, misión y destino- que se configura como la experiencia de fe como *experiencia de la contemporaneidad de Jesucristo*: «Jesús vivo y presente en nuestra vida y en nuestra historia», señalaba la confesión de fe en el Congreso Latinoamericano de Jóvenes, realizado en Cochabamba (Bolivia), en 1992.

Así, la relación de adhesión y seguimiento de Jesucristo no se refiere al Jesús pre-pascual como a un modelo ejemplar ni establece una relación extrínseca a dicho modelo, sino que es adhesión y seguimiento para y en la participación al Misterio Pascua; por obra del Espíritu Santo. El encuentro, relación y adhesión de seguimiento de Jesucristo es, pues, cuestión de amor en toda su hondura unitiva: «para mí la vida es Cristo» (Fil. 1, 21).

El diseño de Dios sobre los hombres, que se nos ha revelado consiste en que éstos se encuentran con Jesucristo, presten su adhesión a Él y vivan en relación con Él, ésta es la obra del Espíritu (cf. 1Co 12, 3) para la cual el Padre ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo (cf. Gal 4, 6; Rom 5, 5). De ahí que toda la misión de la Iglesia es estar al servicio de este *diálogo de salvación*, y la acción pastoral es colaborar a que los hombres entren en esa relación personal con Jesucristo, que lo conozcan, lo amen y lo sigan; aquí tienen su lugar y sentido todo el conjunto de mediaciones (lectura orante de la Palabra, vida eclesial misionera, vida celebrativa y sacramental, lúcida asunción de las verdades de la fe, discernimiento de los signos de los tiempos, etc.) y los diversos itinerarios pedagógicos en la experiencia espiritual.

4.2. La experiencia de una fraternidad nueva en la Iglesia

El encuentro, adhesión y seguimiento de Jesucristo suscita la experiencia del amor fraterno y es inseparable de ella, como expresión, contenido y finalidad del diseño de salvación: «quiso Dios santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituir un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente» (LG 9).

La relación con Jesucristo, que se nos revela como Hermano y que a los hombres «no se avergüenza de llamarles hermanos» (Heb 2, 11) es la que funda una relación nueva entre los hombres y mujeres que entran en relación con Él: «ámense unos a otros como Yo los he amado» (Jn 13, 24).

Será, por tanto el «*como*» de la relación que Jesucristo establece con los hombres el que está llamado a configurar el estilo de relaciones al interior de la comunidad creyente y de ésta con el resto de los hombres. El «*como*» de Jesucristo, acontecimiento del Espíritu de Dios en la historia humana, es el que constituye la novedad del Espíritu llamada a manifestarse en el acontecimiento de la fraternidad de la comunidad de discípulos.

La experiencia de Dios en la persona de Jesucristo funda, por obra del Espíritu, la vida de la Iglesia, cuyo centro vital es la relación en Jesucristo Servidor: «el mayor entre ustedes sea como el menor, y el que manda como el que sirve (...), pues Yo estoy en medio de ustedes como el que sirve» (Lc 22, 26-27).

La experiencia espiritual cristiana es, pues, *en* la Iglesia, ya que «fuimos bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo» (1Co 12,13; cf. Ef 2,22) y *para* la misión de la Iglesia, pues en razón de la utilidad común y al servicio de su misión en el mundo están los dones del Espíritu (cf. 1Co 12-14).

El don de la fraternidad en Jesucristo, en quien «ya no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos son uno en Cristo Jesús» (Gal 3, 18) es llamado a configurar nuestra vida eclesial según dicha relación fraterna establecida en y por Jesucristo, en la cual son superados todos los criterios y formas de relación segregadoras y excluyentes, propias del «*como*» de este mundo.

La experiencia de una fraternidad nueva en Jesucristo, constituida no a la manera de este mundo, sino -por el Espíritu- según el «*como*» de Jesucristo en sus dimensiones de cercanía, acogida fraterna y diálogo, misericordia y perdón, servicio mutuo que expone la propia vida, atención privilegiada a los «heridos del camino» y apertura universal, es el acontecimiento del Espíritu Santo en medio de todas las búsquedas del «otro».

Una y otra vez hemos de volver, como Iglesia, a acoger los llamados a conversión para nuestra vida comunitaria, que brotan del «como» de la fraternidad revelada en Jesucristo, y nunca hemos de suponer que nuestras relaciones ya son -simplemente- expresión del don del Espíritu Santo que es la novedad de Dios en las relaciones de los seres humanos entre sí y de éstos con Dios.

El anuncio de la experiencia espiritual en Pastoral Juvenil es invitación a vivir la fraternidad en Jesucristo en la pertenencia a la Iglesia, nutrida en la vida eucarística y proyectada a la misión de fraternidad en el mundo. Pero, al mismo tiempo nos remite a la desafiante misión de ofrecer a los jóvenes dicha experiencia de fraternidad en la Iglesia real y concreta que ellos encuentran en sus ambientes y situaciones.

4.3. La experiencia de «este» mundo amado por Dios

Inseparablemente unida a las experiencias anteriores que, en su unidad nos introducen en el misterio del amor de Dios manifestado en Jesucristo, se encuentra la experiencia del amor de Dios por «este» mundo.

En medio del desencanto, frustraciones y exclusiones que genera en muchos el mundo actual, y en medio de las tentaciones de huida del mundo presentes en muchas «búsquedas espirituales», la experiencia espiritual cristiana es el don y llamado a entrar en la corriente del amor del Padre por «este» mundo, manifestada en la vida entregada de Jesucristo- «porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único...» (Jn 3, 16).

El mundo amado por Dios y por el cual el Hijo entrega su vida en su camino de Siervo que «ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10), no es otro que «este» mundo, el cual sólo por Dios es conocido en toda la hondura que significa la distorsión del pecado; «este» mundo, herido y distorsionado por el pecado es amado por Dios, para sanarlo y salvarlo en la vida entregada del Hijo.

El proceso de la experiencia de fe es el que va introduciendo al creyente en la mirada de amor que el Padre tiene sobre «este» mundo y en la vida entregada del Hijo por «este» mundo. No es una

mirada ingenua de identificación con el «mundo», sino conocerlo y amarlo desde las heridas y distorsiones del pecado. Pero, tampoco es el rechazo amargo de «este mundo está cada día peor, no sé donde vamos a ir a parar», ni la huida descomprometida de «este» mundo.

La experiencia de entrar en la mirada de amor del Padre por «este» mundo significa consentir a participar en el envío y vida entregada del Hijo por «este» mundo. En la experiencia espiritual cristiana, así como la relación a «este» mundo no es de aceptación ingenua ni de rechazo o huida de él, tampoco es una relación fundada desde el optimismo o el pesimismo ante el mundo, que no son sino reacciones psicológicas ante los procesos mundanos. La experiencia espiritual cristiana nos introduce en una mirada de fe sobre el mundo, que es una mirada de esperanza a partir del designio de salvación revelado en Jesucristo.

De esta manera, la experiencia de «este» mundo, herido y distorsionado por el pecado, y amado por Dios en la vida entregada del Hijo, es la que va desatando en el creyente el compromiso de acción transformadora en el mundo para «buscar y salvar lo que estaba perdido». Es aquí donde se manifiesta el anuncio del Evangelio al mundo y la acción transformadora en él, no como un añadido o un momento «posterior» a la experiencia espiritual, sino como constituyentes de la misma experiencia espiritual cristiana.

En «este» mundo, la «opción preferencial por los pobres» será siempre el signo de la novedad del Espíritu que en Jesucristo viene a «buscar y salvar lo que estaba perdido». En la experiencia espiritual en «este» mundo, que será siempre experiencia pascua; en el seguimiento del Siervo, se manifiesta la novedad del amor de Dios que no abandona su creación amada y entrega por ella lo que más ama -la vida del Hijo-.

5. Conclusión: la necesidad de testigos

Las experiencias fundamentales del cristiano son las que constituyen el origen, el centro y la meta de toda la espiritualidad cristiana. En ellas se manifiesta el carácter teológico de la vida espiritual, que es experiencia de fe en el encuentro con Jesucristo, experiencia

de caridad en la comunión fraterna, y experiencia de esperanza en la acción transformadora en el mundo.

Los diversos itinerarios de espiritualidad en la Pastoral Juvenil han de velar, por sobre todo, de proponer e introducir a los jóvenes -en y desde sus situaciones históricas- en estas experiencias fundamentales que son la manifestación de la novedad de Dios en el mundo.

Los desafíos globales de la situación de los jóvenes son enormes (construcción de la identidad personal, formación en la afectividad, situación de exclusión, necesidad de experiencia religiosa), y a ellos se agregan los desafíos propios de cada situación local; sin embargo, la experiencia de tantos jóvenes que andan «según el Espíritu» en nuestro continente, manifiesta que la novedad de Dios siempre es posible.

En el camino de la espiritualidad en Pastoral Juvenil siempre serán muy necesarios los itinerarios pedagógicos, las claridades doctrinales, las sistematizaciones y programas de acción, y en ello se han de comprometer los mejores esfuerzos. Pero, lo que siempre será absolutamente indispensable, como signo de la novedad de Dios y del atractivo de Jesucristo, son los *testigos* de una vida «según el Espíritu» en medio de los jóvenes.

La experiencia espiritual se transmite por contagio a través de testigos que comunican el atractivo y la novedad de una vida según el Espíritu de Jesucristo; *el lenguaje de la santidad* en una vida entregada en el seguimiento de Jesucristo es el que siempre encuentra resonancia en cualquier situación humana, y los jóvenes son particularmente sensibles a él.

Dirección del autor:

Parroquia Jesús Obrero
Casilla 30 - 0
Osorno - Chile

287